

**PREGÓN DE FERIA Y FIESTAS DE PEDROCHE
SEPTIEMBRE, 1985**

**Por
JUAN VIOQUE LOZANO**

PEDROCHEÑOS:

Hace más de treinta años (¡qué viejos nos estamos haciendo, caramba!) mis padres me vistieron de domingo porque tenía que venir aquí, a la plaza de Pedroche, para recitar no se qué poesía, con motivo de no recuerdo qué fiesta...

Pero sí recuerdo que era fiesta... ¡Y una gran fiesta!

Había flores, muchas flores, y los protagonistas éramos los niños... Niños vestidos de príncipes y niñas vestidas de hadas, de princesas, algunas hasta de reinas...

Ya veis, hace treinta años, con ganas de fiesta, cuando era un milagro llenar la olla o la sartén...

Aquellos niños, de aquel día de fiesta, nos fuimos haciendo hombres, aquellas niñas se fueron haciendo mujeres, y, lo que es la vida, hicimos que nuestros padres jóvenes se fueran cubriendo de canas, surgieran surcos en sus caras, pero también vieran nacer nuevos retoños de esas ramas que habían tomado fuerza de árbol... Y ese nuevo renacer, con frutos nuevos, volvía a hacer brillar la luz en sus miradas y a que aflorara nuevamente la sonrisa en sus labios.

Y, mientras tanto, y aunque las cosas aquí en el pueblo no eran de color de rosas, esta plaza seguía dándonos días y días de fiesta...

¡Qué recuerdos el día del Corpus! Cuando la juncia saltaba del arroyo Santa María y venía a hacerse alfombra verde de calles y plazas para convertirse luego en chispazos de alegría que hacían restallar los perigallos...

¡Qué recuerdos las rifas de ánimas! Cuando conejos, liebres, perdices, esperaban detrás de la carta afortunada...

¡Qué recuerdos los trompos, las bolas, aquí en la arena de esta plaza, en las noches de verano en que aquellos endiablados chiquillos malgastábamos bromas a *Gabrielillo la uva!*...

¡Qué recuerdos las murgas!... Era tan niño que tan sólo me vienen a la memoria aquellas coplas y coplillas que, entre pena y pena, sabían darnos, en vísperas de cuaresma, ese sentido andaluz de la vida: es decir, aquí está la pena, ahí está el sufrir, ahí está el dolor..., pero aquí también está la vida, está el goce, esta el cantar eterno y largo...

¡Qué recuerdos las murgas! ¿Volverán algún día?

¡Qué recuerdos, ¿cómo no?, aquellas plazas de carros!

Para los que nunca las vieron, esto era la arena... Ahí los carros rodeando toda la plaza... Aquí la presidencia... Allí enfrente la puerta de toriles que daba paso a los

novillos o vaquillas que venían encajonados desde el corralón del Trucio... Lo que nunca sabré explicaros es cómo conseguían nuestros padres, nuestros abuelos, la perfecta trabazón, el urdimbre exacto para que todo fuera sencilla pero armoniosamente ajustado hasta hacer planta baja y planta alta... ¡Hombre, los de la planta de abajo más de un arrechuchón se llevaban y hasta más de un disgusto!... Pero allí estaba nuestro entrañable Manolito el Araña con el carrillo de los helados y las gaseosas frescas para aliviarles la fatiga...

Pero los del piso de arriba tampoco carecían de problemas. Que aunque la urdimbre era perfecta, más de un tacón de nuestras hermosas madres quedó trabado entre rollizo y rollizo, con el consiguiente tropezón, y etc., etc... ¡Y eso que en aquellos tiempos no era necesario recordar aquello de “ya te he dicho que a los toros no vengas con minifalda”...

Como decía, esos jardines, esas terrazas eran la arena, el ruedo... Y donde está la fuente, una columna de hierro (que luego se quitó y se plantó una palmera que no cuajó y terminó pareciéndose más a una lechuga, porque ataron sus ramas, que a otra cosa, hasta que desapareció...). Y entre tercio y tercio, el siempre recordado Tomasillo el Cavaón, metido en su cuba y endiablado al toro-torillo bravo...

¡Qué recuerdos!...

Pues bien... Este recuerdo vivo del pueblo que nos vio nacer es el que nos une tantas veces en Madrid, en Barcelona, a los que un buen día (o un mal día, ¿quién lo sabe?) decidimos coger carretera y manta y buscarnos la vida lejos de la tierra en que nacimos... Y es el mismo recuerdo el que nos une a todos aquí, en Pedroche, ahora en las fiestas de septiembre, en Navidades, en Semana Santa, o en cualquier día del año, lo mismo en torno a un vaso de vino, que con motivo de la boda de nuestros jóvenes amigos, o en torno al último adiós al amigo o familiar que se nos fue definitivamente...

¡Vaya un recuerdo, aquí, en la fiesta, a todos nuestros ausentes!

Disculpad si en esta alusión al pasado ha asomado al final un tono algo triste... ¡Es la vida! Pero es que pienso que necesitamos el recuerdo para vivir con más pasión nuestro presente y cobrar ánimos para construir el futuro. La idea la expresó magníficamente nuestro universal filósofo, Ortega y Gasset: “El recuerdo es la carretilla que se toma para saltar hacia el porvenir”.

PEDROCHEÑOS:

Lo que quiero decir ahora tendría que haberlo dicho al principio. Estoy aquí para pregonar estas fiestas de acción de gracias a nuestra Virgen de Piedrasantas porque alguien, con mucho cariño, me pidió que lo hiciera... Con el mismo cariño acepté, aún a sabiendas de no ser la persona más idónea para este cometido...

Por fortuna, son muchos los nacidos en Pedroche, muchos...

(los que residen fuera del pueblo, pero, sobre todo, los que han permanecido aquí, los que mantienen vivo nuestro pueblo, los que hacen que no podamos pasar mucho tiempo sin pisar la tierra en que nacimos los que vivimos fuera)

...repito, son muchos los que tienen más méritos, más sabiduría y, sin duda, mejor decir que yo para hacer esta invitación a las fiestas...

Tan sólo soy uno más de los que, más o menos obligados por la necesidad, tuvimos que salir fuera a, como normalmente se dice, buscarnos la vida.

AMIGOS:

No ha tratado demasiado bien la vida a estos pueblos (la vida o los hombres que rigen la vida de los demás hombres), y los años sesenta vieron animarse las carreteras que llevaban a Madrid o a Barcelona con familias enteras que buscaban en la gran ciudad el oasis que calmara la sed y el hambre...

Y luego nos tocó a nosotros, a nuestros hermanos, a nuestros primos, a nuestros amigos, seguir la huella de la emigración, sufrir la extrañeza de la gran ciudad, la soledad entre la multitud que siempre tiene prisa, soportar la imbecilidad de los que nos llamaban (de los que aún siguen llamándonos) *paletos*, sólo porque no entendíamos las idas y vueltas del Metro, porque no sabíamos dónde estaba la Puerta del Sol en Madrid o las Ramblas en Barcelona... Soportar, repito, la imbecilidad de los que nos llamaban paletos porque sólo hablábamos de la siega, de la trilla en la era, de la yunta y el arado..., ellos que ya empezaban a saber tanto de coches, de salas de fiestas, de clubs nocturnos y cubatas de garrafón... Ellos que pronunciaban tan bien sus *esess* y se reían y mofaban de nuestro acento pueblerino, sin tener la mínima idea de la riqueza que para una lengua supone la variedad de acentos... Ellos, en fin, que disfrutaban del progreso iniciado en los años sesenta, mientras que en los pueblos por no haber no había ni agua corriente dentro de las casas...

Y tuvimos que hacernos a la vida de la gran ciudad y aprender a pronunciar las eses al final de las palabras para que no se nos notara demasiado lo que para ellos era signo de incultura... Y tuvimos que aprender a ir con prisas a cualquier parte, aunque no supiéramos muy bien por qué ni para qué... Y tuvimos que aprender a disfrazarnos de lo que no éramos, por si acaso el miedo de tantos años no nos hubiera habituado ya suficientemente a decir lo que no queríamos decir, a obrar como no queríamos obrar...

Y no tuvimos más narices que acostumbrar las propias a respirar el aire que el progreso de la gran ciudad iba ensuciando a pasos agigantados...

¡Ay, nuestras narices de paleta de pueblo que sólo sabían distinguir el olor de tierra mojada, el olor de los trigales o el del salitre de los garbanzos, el olor del ganado, y, entre el ganado, el olor, por supuesto de los cerdos, que tanto molestara a ese ilustre escritor, Juan Benet, como para dejarlo dicho en las páginas del periódico EL PAÍS este mismo verano, y a quien tan atinadamente supiera contestar nuestro paisano y amigo Antonio Cano. Este señor tuvo la feliz idea de salir de su torre de marfil con aire acondicionado aromado con néctar de rosas para venir a contaminarse con los olores porcinos de estas tierras de paletos...

¡Señor Bonet:

Aunque nuestra voz no llegue a su torre de marfil, para comer el pan, antes ha habido que segar el trigo y oler el sudor de los hombres y el olor de la cosecha; para comer un filete de ternera primero ha habido que alimentar a las vacas y a sus crías, y, naturalmente, aspirar el olor de los establos; para degustar el buen jamón primero ha habido que criar al cerdo!

...Pero, claro, tal vez estas sencillas verdades de paleta de pueblo no merecen la atención de tan insigne figura de las letras...

Bien. Decía que, al final, nos acostumbramos a todas las grandes maravillas de la gran ciudad. Pero aún no hemos llegado a perder esa filosofía andaluza que nos ha

enseñado a saber vivir con la pena a costas y mirando hacia delante, que nos ha enseñado a cantar entre penas y a reír entre lágrimas...

PEDROCHEÑOS Y TODOS LOS QUE NOS VISITAIS EN ESTOS DÍAS:

¡Dejemos ya el recuerdo y vivamos el presente!

¡Estamos en fiestas!

¡Vivan las fiestas!

Unas fiestas programadas con poco dinero (¡ay, el maldito dinero!), pero que va a ser suplido por las enormes ganas de todos los que estamos aquí para hacerlas grandes.

PORQUE LA FIESTA NO ESTÁ EN LOS CONCURSOS PROGRAMADOS NI EN LOS CONJUNTOS MUSICALES CONTRATADOS; LA FIESTA NO ESTÁ EN LAS VAQUILLAS NI EN LOS JUEGOS DE ARTIFICIO... ¡LA FIESTA ESTÁ EN EL CORAZÓN DE LOS HOMBRES Y MUJERES!

¡Niños y niñas de Pedroche: alegrad con vuestras risas nuestras calles y plazas!

¡Mozos y mozuelos: a correr las vaquillas, pero con cuidado, que parece haberse despertado un ánimo de venganza entre las reses bravas!

¡Abuelos y abuelas de Pedroche: gozad de las fiestas y, con vuestra experiencia y sabiduría, aconsejadnos a todos para que sean mejores cada año!

¡Jóvenes de todas las edades: que no decaiga la marcha en ningún momento!

Y un deseo final:

Que este encuentro festivo entre los que vivimos fuera del pueblo y los que permanecéis aquí manteniéndolo vivo, que este encuentro en la alegría que se está concretando en este sencillo acto y luego en el festival flamenco que viene a continuación, no quede en unas horas más o menos programadas, sino que se mantenga vivo a lo largo de los años.

PEDROCHEÑOS Y VISITANTES:

¡VIVAN LAS FIESTAS DE 1985!

¡VIVA EL PUEBLO DE PEDROCHE!

¡VIVA NUESTRA VIRGEN DE PIEDRASANTAS!